



RA

JANNE TELLER

RA
GUERRA

¿Y SI TE PASARA A TI?

CU

CU

Índice

Portada

Si aquí estuviéramos en guerra...

Epílogo

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

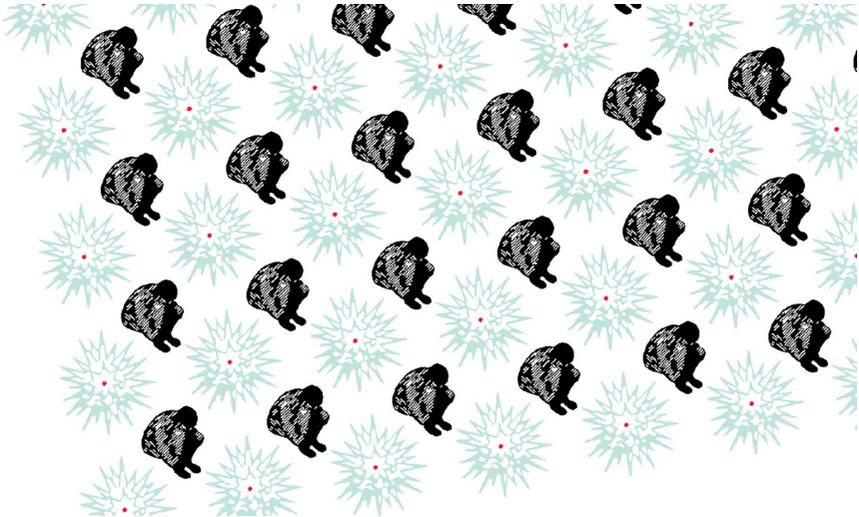


Si aquí estuviéramos en guerra..., ¿adónde irías?

Si las bombas hubieran reducido a ruinas gran parte de España, gran parte de tu ciudad... Si el piso donde vivís tú y tu familia tuviera las paredes agujereadas por las balas, todas las ventanas reventadas, el balcón arrancado... Imagina que se acerca el verano y no hay electricidad, sólo funciona la cocina. Tu madre tiene bronquitis y una infección de riñón. Tu hermano mayor ha perdido tres dedos de la mano izquierda debido a la explosión de una mina y, en contra de la voluntad de tus padres, se ha unido a la milicia popular. A tu hermana menor le dispararon y ahora yace, con la cabeza llena de esquirlas de metralla, en un hospital en el que apenas hay instrumental médico. Tus abuelos paternos murieron al explotar una bomba que cayó en la residencia de ancianos donde vivían.

A ti aún no te han herido, pero vives aterrorizado. Mañana, tarde y noche. Tiembles cada vez que los misiles caen silbando a lo lejos, cada vez que vislumbras un destello de luz en el horizonte, y no sabes si hoy el misil caerá sobre tu cabeza. Tiembles cada vez que hay una explosión. ¿Cuántos amigos tuyos morirán hechos trizas esta vez?

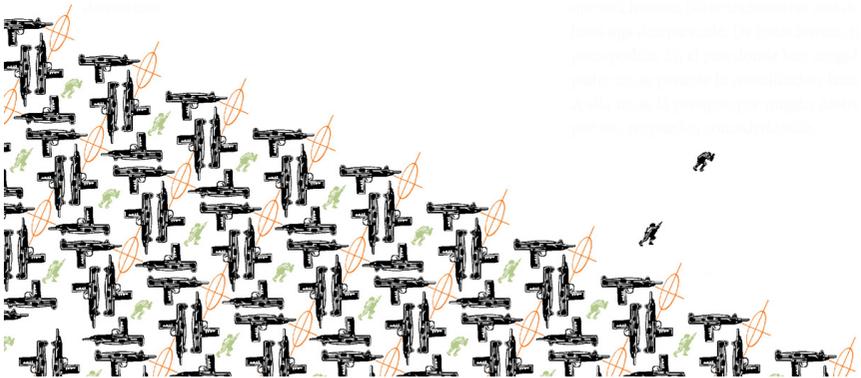
Las tuberías hace mucho que reventaron y el agua está racionada. Tu hermano y tú tenéis que salir a la calle cada día y cruzar la plaza, con dos cubos cada uno, hasta llegar al camión que suministra el agua. Cuando cruzáis la plaza, tenéis que correr, porque os va la vida en ello. Hay francotiradores en los edificios: franceses e italianos que han vivido en España el tiempo suficiente para mezclarse con los españoles, aunque no lo suficiente como para que se sientan uno de vosotros cuando estalla la guerra y la nacionalidad pasa a definir quién es tu amigo y quién el enemigo.



Peor que el miedo es el hambre. Y, mucho peor, la sed. Siempre estás sediento. Y sólo es mayo. No sabes cómo sobreviviréis los próximos meses. El médico dice que, cuando llegue el verano, tu madre no soportará la escasez de agua. Él no puede ayudaros a conseguir un lugar mejor donde vivir. Hay demasiada gente que no sobrevivirá a otro verano sin agua.



Tu mejor amigo ha desaparecido. Su padre era diputado en el Parlamento. En este nuevo mundo no hay sitio para los parlamentarios. La democracia hizo posible la Unión Europea, pero la Unión Europea se ha derrumbado. Eso es lo que dicen. En este nuevo mundo ya nadie debe ser demócrata.

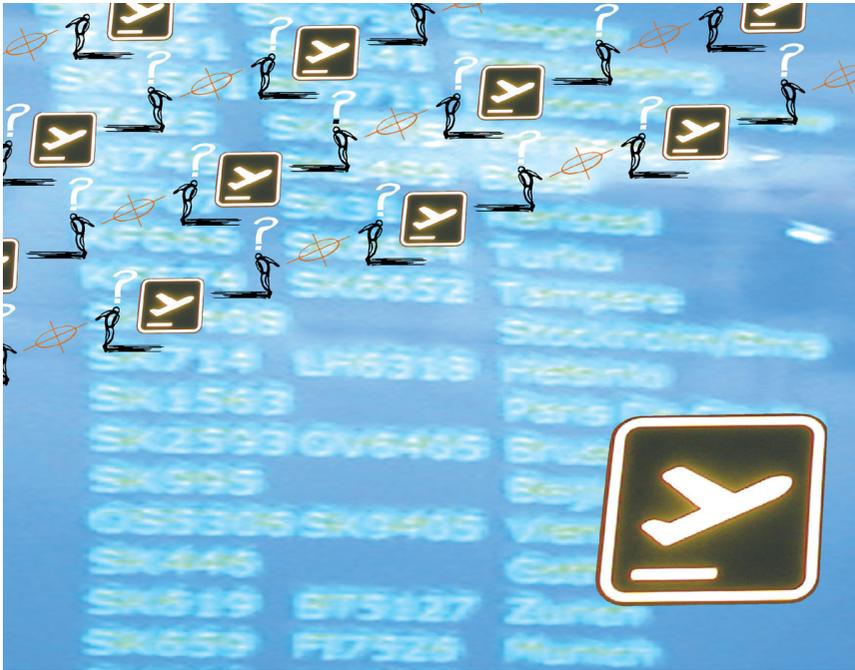
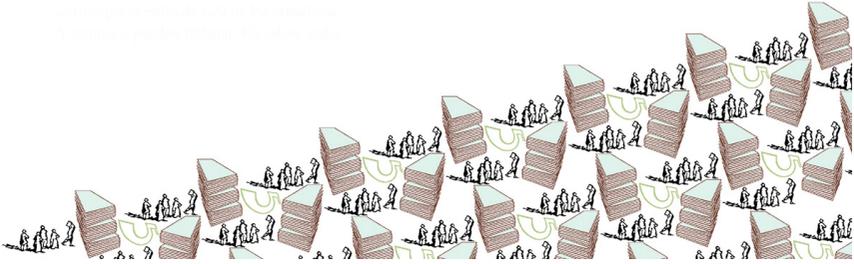


El padre de tu amigo consiguió huir a tiempo. Con la idea de que su familia se reuniera con él más tarde. Pero no ha sido así. Tres días después de su huida, se presentó la nueva Brigada Político-Social y se llevó a tu amigo y a su hermano pequeño. Este último volvió ocho días más tarde, le faltaba un ojo y hacía movimientos raros con la cabeza. Sentado en un rincón, se mecía sin cesar y repetía: «No, yo no sé nada, yo no sé nada». La madre recorre las calles mendigando comida y preguntando por su hijo mayor, aunque corre el rumor de que está muerto. No se irá mientras uno de sus hijos siga desaparecido. De todas formas, tampoco podría. En el país donde han acogido al padre no se permite la reunificación familiar. A ella no se la persigue por ningún motivo y, por eso, no pueden concederle asilo.

Tú has dejado de preguntar a tu padre adónde. ¿Adónde iréis?

No hay respuesta a esa pregunta. Vuestra familia se ha convertido en un número. ¡Cinco! No existe ningún país dispuesto a acoger a cinco refugiados más. Refugiados que no conocen la lengua, que no saben cómo comportarse en una sociedad culta y tradicional, cómo respetar al vecino, cómo anteponer el huésped a uno mismo o proteger la virtud de las mujeres. Refugiados que sólo piensan en sí mismos y no en la comunidad. No, no existe ningún país que desee acoger a los decadentes habitantes del otro lado del Mediterráneo. Librepensadores que sólo pretenden corromper el estilo de vida de los ortodoxos. Y tampoco pueden trabajar. No saben árabe y no están acostumbrados a arrimar el hombro. Los refugiados europeos no saben hacer otra cosa que calentar sillas de oficina y mover papeles de un lado a otro. No son útiles en ningún sitio. Eso es lo que dicen en el mundo árabe. Un lugar cercano, sin guerras y

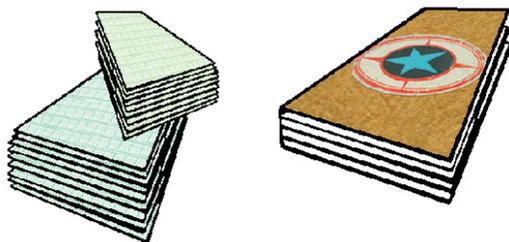
con posibilidades de futuro. ¿Dónde? ¿Dónde está ese lugar?



A pesar de todo, justo antes de Año Nuevo, tu padre consigue ponerse en contacto con unas personas que organizan vuestra huida a Oriente Próximo. Hace mucho que Marruecos, Argelia y Túnez han cerrado las fronteras, pero quizá podáis entrar en Egipto. Es peligroso, y muy caro, pe-

ro tu padre ha decidido que hará cualquier cosa para salvar a su familia. Tu madre está al borde de la locura.

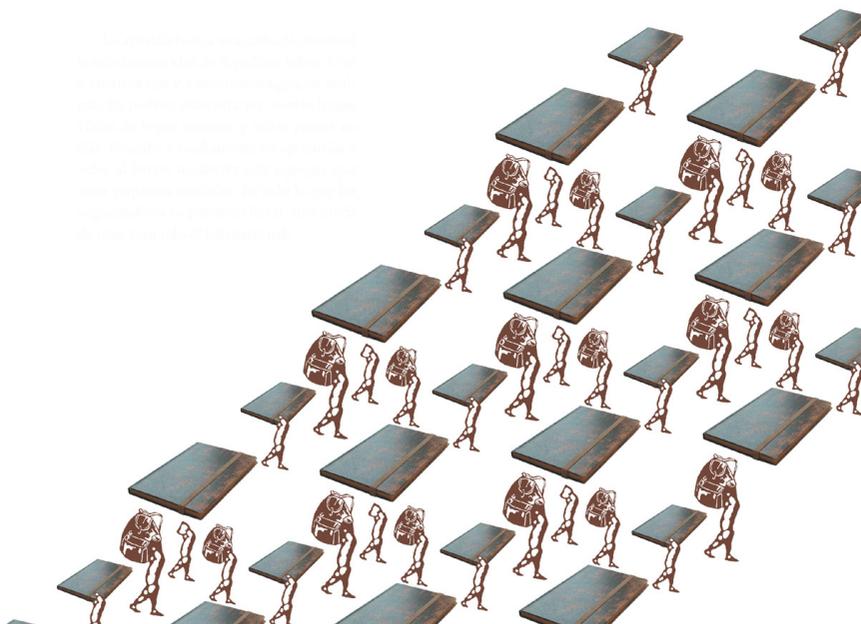
Os veis obligados a vender todo lo que os queda. No podéis reunir mucho dinero. Nadie tiene con qué pagar. Lo suficiente para sufragar los gastos del viaje y los documentos falsos que necesitaréis en Egipto. El carnet del partido ha sido lo más caro. Así podréis decir que tú y tu padre habéis militado políticamente. Ese carnet es la llave que puede abriros las puertas del exilio. Y, cuando lleguéis a buen puerto, deberéis arrimar el hombro. Estás dispuesto a hacer lo que sea. Barrer las calles o limpiar aseos. Quieres alejarte de las bombas, del terror y de la sed. Tu abuela materna también ha muerto. Pero tu madre todavía puede salvarse.



Podríais dirigiros a Pamplona y luego a Bilbao, quizá embarcar hacia Escandinavia. Pero allí no queda sitio para vosotros. Nadie tiene nada de nada, no hay trabajo y millones de refugiados se hacinan en campamentos destartalados, sin acceso a escuelas, sin atención sanitaria, sin un empleo con el que ganarse la vida. Tu padre quiere un futuro para su familia. Cree que la guerra durará mucho. Pero algún día volveréis a casa. Por eso debéis procuraros una educación, algo que os dé de comer cuando regreséis.

Lo apostáis todo a una carta. No tenéis ni la más remota idea de si podréis volver a ver a vuestros tíos y a vuestros

amigos, de si algún día podréis pisar otra vez vuestro hogar. Haces de tripas corazón y evitas pensar en ello. Cuando a medianoche os apresuráis a subir al barco, no lleváis más equipaje que unas pequeñas mochilas. Es todo lo que los organizadores os permiten llevar: una muda de ropa y un solo objeto personal.



Tú te has llevado tu diario. Te va a recordar que la vida existía antes de la guerra: esa época en que los españoles eran una mezcla de pueblos, cuando se podía opinar libremente sobre cualquier asunto. Cuando en España abundaban las diferencias regionales y los extranjeros, que todavía eran más diferentes. Esa época en que ibas a conciertos de rock británico, montabas en tu bicicleta de carreras alemana y te ibas a esquiar a Francia en vacaciones. Por no hablar de todas las pizzas napolitanas que te zampabas en la pizzería del barrio. Cuando sacabas la BlackBerry de tu bolsillo para comprobar si era más ligera que el Samsung, el LG o

el Sony de tus amigos, y después contabas chistes inofensivos sobre italianos a tu compañero italiano de escuela. Todo queda ya tan lejano que parece que nunca haya ocurrido. A pesar de que todavía no hace ni tres años de ello.



Esto es lo que deseas recordarte a ti mismo. Que tu vida no siempre ha sido una lucha por ser un verdadero español. Por dentro y por fuera. Que España no ha significado siempre miedo y frío, desconfianza y odio. Que en España no siempre ha habido un dictador, ni la Brigada Político-Social, ni una obsesión popular por que el país marche sobre Toulouse, ni la idea de que las cosas les irían mejor a los franceses si se sometieran al dominio español. De que todo iría mejor tan pronto como los italianos abandonasen la idea de que es Italia la que debe decidir sobre Francia. Deseas recordarte a ti mismo que los franceses y los italianos no siempre os han disparado a ti y a los tuyos. Que existe otra vida. Porque si llegas a olvidarlo, ya nada te importará. Y, entonces, no sólo entrarás en la Brigada Político-Social, sino que incluso seguirás los pasos de tu hermano mayor, cruzarás los Pirineos y te unirás a la milicia popular. Y dispararás contra los italianos hasta que una bala te alcance.



Existe otra vida, y a ella te quiere llevar ahora tu padre.

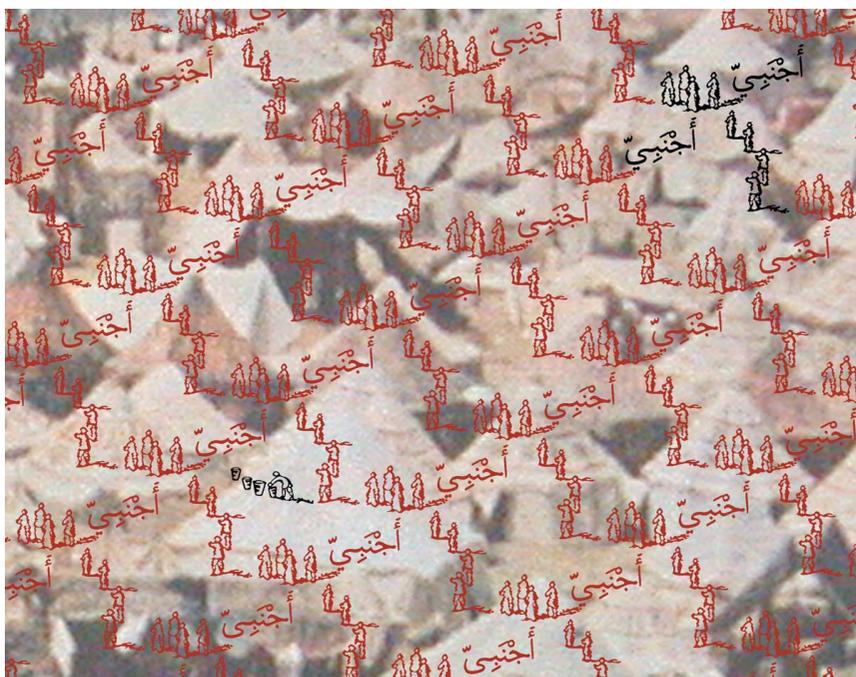
Seis semanas más tarde estás en Egipto. Vivís en un campo de refugiados con tiendas de campaña. No pasas frío, no existen misiles ni bombarderos a los que temer, no existe una Brigada Político-Social que, sin previo aviso, pueda registrar tu casa de día y de noche. Tu madre vuelve a ser ella, se ha recuperado de su infección de riñón. A tu hermana la han operado y la sed ya no te atormenta.

La solicitud de asilo para la familia se está tramitando y no podéis abandonar el campamento antes de que os reconozcan oficialmente como verdaderos refugiados y se os conceda un permiso temporal de residencia. No importa. Estás contento. Las condiciones de vida son malas, pero se trata, por supuesto, de una situación transitoria. Medio año,

como mucho. Por supuesto que sois verdaderos refugiados. ¿Qué, si no?

La tramitación de vuestra solicitud se prolonga. Sobre todo porque tu hermano ahora es oficial de la milicia popular. No se fían ni de ti ni de tu padre. Tú tienes catorce años, eres ya casi un hombre. Y, claro, tu país está en guerra, pero si tuvisteis medios para huir es que vuestra situación, con todo, no era tan mala. Tantos otros siguen aún en España... ¡Y quizá necesiten más ayuda que vosotros!





Te consume vivir en el campamento. No hay nada que hacer. No podéis recibir clases de Lengua, no antes de que se os conceda el permiso de residencia. No vas a la escuela. No te dejan trabajar (tampoco podrías porque no sabes el idioma del país), y los pocos libros que puedes leer te los sabes de memoria. Existe un área de recreo en el campo de refugiados. Cubierta de gravilla y con una sencilla portería de fútbol en un extremo. El problema no es que el campo de fútbol sea pequeño, no es eso. Porque, como ellos dicen, después de todo podéis estar agradecidos por estar a salvo. ¡Como si se pudiera jugar a la pelota en casa, bajo una lluvia de bombas! El problema es que sois tantos en este campamento que, si todos tuvierais que compartir ese espacio, tocaría a pocos minutos por barba. Y lo peor es que los mayores acaparan la cancha casi siempre.